

ALMACEN
DE FRUTOS LITERARIOS.



Semanario de Palma.

JUEVES 14 DE NOVIEMBRE DE 1844.

EXPOSICION

DE OBRAS DE BELLAS ARTES

en la Academia de San Fernando.

ARTÍCULO II.

Antes de pasar adelante, debo hacer aqui una justa reparacion. Por extravío de uno de mis apuntes, y luego por olvido, dejé en mi artículo anterior de citar entre las pocas obras notables espuestas en el patio de la Academia, un retrato de hombre por D. José Gutiérrez, hijo del acreditado pintor de este nombre, que tiene bastante mérito. Las manos en particular están muy estudiadas y tienen escelente colorido. Al mismo tiempo aprovecharé esta ocasion para mencionar un lindísimo cuadro que ha espuesto en el patio á última hora, y despues de publicado aquel artículo, D. Manuel Rodriguez y Guzman, de Sevilla, que representa la *feria de Santiponce*. La gracia de las figuras, lo animado de la composicion, el buen empaste de los colores y la armoniosa y rica brillantez de las tintas, nos han recordado las mas bellas obras del malogrado Becquer, paisano del autor.

Sigamos ahora el hilo de nuestra narracion, que suspendimos al ir hablando de los retratos que ha espuesto D. Federico de Madrazo, y empece-
mos por examinar el de S. M. Doña Isabel II.

Seguramente no debe ser difícil para un pintor comunicar una espresion de noble belleza al angelical semblante de nuestra jóven Reina; pero todavia es admirable en su retrato, hecho por el Sr. Madrazo, aquella feliz union de la mas cabal semejanza, con cierto poético idealismo que sin esfuerzo alguno sabe comunicar este artista á todas sus producciones, y que, en el caso que nos ocupa, sobre todo, es una cualidad preciosa, porque se aviene maravillosamente con la natural impresion que produce en los ánimos el aspecto de la mas florida juventud realzada por el prestigio de la magestad soberana. Despójese mentalmente á ese delicioso retrato de las insignias reales que desde luego revelan en el personage que representa una gran señora, una reina; vístasele con humildes ropas; cúbrase con un velo aquel hermosísimo trono sobre el que se alza, como un ángel custodio, la imágen de San Fernando; cualquiera conocerá, sin embargo, que aquel retrato no es el de una persona vulgar. ¿Por qué? porque hay en aquella hermosa figura juvenil un carácter de verdadera nobleza que no se debe á las galas que la atavian ni al magnífico solio que está á su lado; sino á la dulce y serena espresion del semblante, á la gentil y magestuosa apostura del cuerpo, á la pureza y suavidad de las líneas, — en una palabra, que parece intrínseco en ella, como el aroma en la rosa, como la inocencia en un niño. Lo mismo diremos del otro retrato de cuerpo entero, el del difunto duque de Osuna. ¿Quién no adivina en aquella cabeza erguida sin afectacion, en aquel ademán naturalmente señoril, que la figura que tiene delante es la de una persona de alta estirpe? Sabido es que aquel malogrado jóven, cuya reciente pérdida han lamentado sinceramente los hombres de todos los partidos, estaba dotado por la naturaleza y aun por su educacion, de una presencia que, á mas de hermosa, satisfacía en un todo la idea que generalmente nos formamos con razon ó sin ella (esta no es la cuestion) de la misteriosa correspondencia que debe haber entre la nobleza del nacimiento y la nobleza del continente, lo mismo que entre la del alma y la del cuerpo. Es, sin duda, una preocupacion; pero es seguro que, á pesar de tantos ejemplos en contrario como estamos viendo todos los dias, difícilmente nos imaginamos, que una persona noble por su sangre ó por sus hechos, tenga una presencia innoble. En este retrato, el fondo, que representa una galería del palacio del Infantado, en Guadalajara, que el duque se proponia restaurar completamente, está ejecutado, lo mismo que todos los accesorios, de mano maestra.

No son menos admirables los otros retratos que ha presentado este jóven artista, y que cabalmente son de personas bastante conocidas para que todos puedan juzgar de su semejanza, y convencerse al mismo tiempo de que esta no está reñida con una esmerada y sabia ejecucion material. El del Sr. marques de Miraflores, nada deja que desear en ambos puntos; hasta los mas menudos pormenores están desempeñados con una franqueza de toques y un primor de ejecucion, que hace resaltar hasta lo sumo el perfecto modelado de la cabeza y de las manos. Este retrato recuerda los más bellos del ingles Lawrence. Los otros retratos, que representan á una niña, hija del Sr. vizconde de la Armería, á la Sra. del Castillo y Ayensa, al arquitecto D. Anibal Alvarez y al acreditado médico D. José Calvo y Martin, nos obligarian, si hubiéramos de examinarlos uno á uno, á repetir los justos elogios que dejamos hechos de los anteriores, pues todos ellos, cada cual por su estilo, son obras verdaderamente acabadas. Obsérvese el bellissimo efecto de sombra que se ve en el rostro del penúltimo y la valentía con que están acusadas en el úl-

timo las líneas de la frente y de los ojos. Es arte difícilísimo y que el Sr. Madrazo posee á fondo, el de adaptar el carácter de la pintura y la disposición de las luces al carácter especial de cada fisonomía, que era uno de los grandes cuidados de los antiguos maestros.

Figura dignamente junto á estas obras un excelente retrato de hombre, de medio cuerpo y tamaño natural, por D. Rafael Tegeo, pintor tan acreditado por producciones de mas importancia. Sentimos que este año no haya esposto mas que este retrato; no menos es de lamentar que falten en la esposicion obras de algunos afamados pintores, que en este año brillan en ella por su ausencia, como Marco Bruto en las exequias de Julio César.

Tristes reflexiones suministra este hecho, que se repite todos los años; en todos la esposicion es escasa de obras notables, y, sin embargo, tenemos muchos buenos artistas, demasiados para nuestras necesidades. ¿No veriamos por ventura, esposiciones (sobre todo si fueran estas como debieran, trienales, y se celebrasen en un local á propósito, como la Trinidad, por ejemplo), comparables con las mas celebradas de otros países, si figurasen siempre en ellas obras de artistas tan eminentes como los Sres. Lopez (D. Vicente), Madrazo (D. José), los dos Riberas, (padre é hijo), Galvez, Espalter, tan fiel á las buenas doctrinas del arte, los fecundos Esquivel y Villa-amil, el Sr. Gutierrez, padre, cuyo colorido es tan seductor, Clavé, cuyas obras son en la actualidad tan aplaudidas en Italia? Lo mismo diremos de algunos escultores, Solá, Medina, Vilar, uno de los buenos discípulos de nuestra escuela de Roma, Piquer, Tomas, Elías y otros. Pero desgraciadamente esto se roza con un punto que no queremos tocar por ahora, cual es la indiferencia con que se miran las bellas artes en España, y el poquísimo estímulo que encuentran en los que debieran fomentarlas. Nuestros buenos artistas no producen obras grandes porque nadie se las encarga ni se las compra. ¿Qué han de esponer, pues? Retratos, y aun eso no siempre; pues es harto común, aun en las personas ricas, preferir en las artes lo malo barato á lo bueno caro.

El citado retrato del Sr. Tegeo es realmente una obra maestra. Nos parece admirablemente dibujado y estudiado con rara conciencia: además hallamos una habilidad suma en el empaste de los colores y la fusion de las tintas. Son tambien muy notables por su esmerado estudio y buena disposicion los pliegues del paño, que tanto descuidan otros artistas, como si todas las partes de una composicion no exigiesen profundo estudio, de lo que son buena prueba los retratos de los maestros florentinos.

Las obras de escultura que hay en esta sala son seis: en primer lugar, un retrato en busto de yeso, del Sr. duque de Gor, superiormente ejecutado, por D. Ponciano Ponzano, recién llegado de Roma, autor de varios grupos, algunos de ellos muy aplaudidos en dicha capital por los inteligentes. Mucho deseamos ver su grupo de la *Piedad*, que está concluyendo en mármol, y del que tenemos las mas brillantes noticias. El busto del Sr. duque de Gor es notable por estar perfectamente modelado, por su buen estilo y gran conocimiento de formas; sin duda ganará mucho cuando se reproduzca en mármol, pues su ejecucion manifiesta en el autor suma práctica y excelente escuela. Los otros cinco retratos, tambien en busto, son de D. Francisco Perez, uno ejecutado en mármol muy parecido, de la Reina doña Isabel II, y los otros en yeso, uno de D. Ventura de la Vega, otro del Sr. Ros de Olano, otro del Sr. Quinto, y el cuarto, de una señora á quien no conocemos. En el del Sr. Ros de Olano nos parece de escaso mérito la ejecucion del pecho y de los

hombros, escesivamente estrechos, y deslucidos ademas por un tahalí de no buen efecto.

En la sala primera hay un bello pais del Sr. Ferrant (don Fernando), perfectamente compuesto y estudiado. Los árboles no se pueden mejorar; en el terreno hay algunas tintas tal vez demasiado crudas, pues lo son tanto como las de la paja que acarrea el carro que se vé á la izquierda del cuadro; pero este es un reparo muy leve y de aquellos que no se ponen sino en obras que se acercan á la perfeccion, como la que vamos elogiando. Cuando este jóven artista aprenda con el estudio á armonizar las tintas, dándoles alguna mas suavidad y ambiente, y seguramente lo aprenderá, pues está en el buen camino, que es la observacion constante de la naturaleza, nos atrevemos á pronosticarle que será un gran pintor de pais. El suyo está seguramente copiado del natural. ¡Cuán preferibles no son los así ejecutados, aun con el defecto indicado, á los que se hacen de memoria, aunque estén engalanados con el aliciente de una gran soltura y una fácil ejecucion, y que por necesidad resultan amanerados! Mas apreciamos al que solo se muestra discípulo de la naturaleza, que no al que, echándola de maestro, se desdeña de consultarla: del primero podemos prometernos mucho, del segundo nada.

La Bacante dormida y contemplada por un sátiro, obra del Sr. Ferrant (D. Luis), hermano del anterior, tiene buen dibujo y un colorido bastante seductor; pero en nuestro concepto le falta á este cuadro algo de armonía general, lo que nace del poco empaste de las tintas. Varios retratos de este jóven artista, que están en la misma sala, tienen mucho mérito, en particular el que representa á su hermano D. Fernando, muy bien dibujado y modelado: las tintas tienen mucha robustez. Seria de desear que hubiese dado otro tono al fondo, porque el conjunto resulta algo monótono. En suma, este jóven es uno de los que mas prometen; lo que le falta es un poco mas de estudio. Así, por ejemplo, en el retrato que representa á una graciosa niña de cuerpo entero, en una sala, el rostro carece absolutamente de sombras y da la idea de una superficie plana mas bien que de un semblante suavemente contorneado, como lo son los de los niños. El señor Ferrant manifiesta demasiada disposicion para que no le pruebe la crítica el interes que por él se toma, notándole sus descuidos. En los artistas dotados de talento y que han hecho buenos estudios, la mayor parte de los defectos provienen de falta de atencion, de no detenerse bastante á examinar y limar sus obras. Si el Sr. Mendoza, por ejemplo, que posee tan buenas dotes de pintor, se hubiera detenido mas al concluir el retrato de hombre que ha espuesto en esta sala, ¿cómo se le hubiera ocultado que aquel hombro derecho parece que quiere escaparse del cuadro? Sucede en este retrato lo contrario que en el busto del Sr. Ros de Olano; el pecho de este peca por mezquino, el de aquel por exuberante. Es tanto mas de sentir este defecto, cuanto la cabeza está muy bien dibujada y pintada con una verdad y una limpieza de tintas que nada dejan que desear. A no ser por una casi imperceptible dureza, efecto acaso de su mucha conclusion, serian muy pocos los retratos espuestos este año que se le aventajasen.

Cuanto es digno de elogios el Sr. Cerdá por su bellísima copia de la Transfiguracion, que nos parece todavía superior á la de la Escuela de Atenas, tanto lo es de censura por la pésima eleccion de tamaño para el retrato de señora, de cuerpo entero, que ha espuesto en esta sala, á ménos que dicho infeliz tamaño haya sido condicion impuesta por su modelo, en cuyo caso no hay nada de lo dicho; cada cual tiene derecho para hacerse representar en

pintura bajo el aspecto que le dé la gana, por desfavorable que sea, derecho de que por desgracia usan y abusan muchos de los que se mandan retratar, anteponiendo malamente su propia opinion á la del pintor en materia de gusto. Uno exige que le retraten con todas las veneras de que está adornado, y que se vean bien, convirtiendo así su pecho en una especie de espetera: éste que figure en primer término un chaleco muy cuco de que está prendado; aquel que deslumbré al público una bata muy pajarera, que á él le parece la octava maravilla. Yo he conocido á un banquero, cuyo nombre ha metido mucho ruido en Europa, el cual exigió de un pintor que le retratase con tal artificio que se viesen en el retrato los siete uniformes de los siete diferentes regimientos en que habia servido en su juventud. Apuradillo era el caso; sin embargo, el artista contrajo el empeño de complacerle y salió airoso de él, representando en el fondo del lienzo un armario abierto de par en par, en el que se veian colgados, como en una ropería, los siete uniformes. De las señoras no digamos, porque seria nunca acabar; pero pocos caprichos mas fatales para el modelo y para el artista que el de exigir un tamaño proscrito por todas las reglas del arte y del buen gusto. De medio natural para arriba hasta el natural, ó muy poco ménos, no debe pintarse figura alguna so pena de producir un efecto ridículo: para esto no se pueden alegar razones, pero es una verdad de que todos pueden juzgar por sentimiento. El efecto necesario de las figuras que infringen esta regla de buen gusto, es parecer retratos de enanos, tanto mas risibles (otra anomalía inesplicable), cuanto mas guapitos de cara y bien proporcionaditos ellos de por sí. Es lástima que presente este defecto el retrato de que vamos hablando, pues por lo demas está bien pintado. No lo está ménos el de señora, por D. Bernardo Lopez. En esta sala hay una série de dibujos lavados á la sepia, hechos con mucha gracia y soltura por D. Luis Ferrant. Representan varias escenas de una composicion que no conocemos, titulada el «Salto del fraile,» por D. J. Navarro y Sierra.

En la sala inmediata hay bastantes obras de importancia. Primeramente tres retratos pequeños muy buenos de D. Valentin Carderera; señaladamente el del difunto conde de Toreno nos parece superior á todo elogio. No se puede llevar mas allá la semejanza unida á una elegante y hábil ejecucion. Los otros dos, que representan á la Sra. condesa de Toreno y al Sr. D. Luis Paradela, tienen tambien mucho mérito.

El Sr. Alenza ha presentado doce preciosos cuadritos de género, que representan escenas populares, especialidad, como hoy se dice, en que ha sabido adquirirse una alta y merecida reputacion. En esta clase de asuntos, en efecto, es inimitable. Sus cuadritos están tocados con la gracia y maestría que tanto atractivo comunican á los de nuestro Goya, y sobre todo á los del gran maestro en este género, el admirable Theniers.

En los accesorios, creemos que el Sr. Alenza no va en zaga á este insigne flamenco; en la expresion y vida de las figuras, así como en la originalidad de las composiciones, se acerca mucho á él. En mi pobre opinion, solo una cosa le falta al Sr. Alenza para alcanzar á la perfeccion del género, y es saber dar un poco mas de luz á sus cuadros. Nadie sabe ejecutar con mas ligereza y arte que él los cielos y los fondos, cualesquiera que sean; maneja con rara habilidad la distribucion de las luces, pero siempre á sus escenas les falta luz; todas parece que pasan á la hora del crepúsculo. Piense en esto seriamente el Sr. Alenza; ese defecto es en él, pintor español y cuyas escenas pasan todas en España, mas sustancial de lo que seria en un pintor de otro país. No se

deje llevar con exceso de la imitación de los flamencos ni de nadie; ya está en situación de campear por su respeto, de inspirarse de la naturaleza que tiene delante, y de representar lo que vé, no lo que otros han visto en otros países ménos privilegiados que esta tierra de luz y sol.

Es tan verdadera la teoría que bosquejamos en el artículo anterior sobre el sentido en que debe entenderse en las artes la imitación de la naturaleza, que en todo se ve comprobada. Dijimos que el objeto de esa imitación debía ser lo mas bello ó notable que hay en la naturaleza entre los objetos análogos al que representa la obra que examinamos, y esto por regla general; lo demás, añadimos, no pertenece al arte. Tan cierto es esto, es tan irresistible esa necesidad de belleza que tienen nuestros sentidos, que así como en las obras que representan objetos bellos, exigimos que la naturaleza haga olvidar el arte, porque aquella es siempre mas bella que este, así en las que representan objetos triviales, es preciso que el arte haga olvidar la naturaleza, porque no hallando belleza en esta, natural y como instintivamente vamos á buscarla en aquel. Pongamos un ejemplo. En esas escenas populares, de una naturaleza tan poco noble, que representan los cuadros del Sr. Alenza ¿qué es lo que nos seduce? ¿las escenas en sí? Nó por cierto, si no la gran verdad con que en ellas vemos cogida al vuelo la naturaleza en uno de aquellos momentos fugitivos en que, en ese género de escenas, presenta un aspecto bello ó notable. La belleza, propiamente hablando, no es una cosa absoluta; la belleza tiene mil aspectos diferentes y, aun puede decirse, contrarios. Ninguna definición filosófica conocemos de esta palabra. «La belleza es la armonía», han dicho algunos. Mala definición: belleza hay en una serena y armoniosa campiña, bañada por los últimos rayos del sol, regada por mansos arroyuelos, y animada por el compasado campanileo de los rebaños recogiendo paso á paso á sus majadas; pero belleza hay también y belleza sublime, en el espectáculo de una mar embravecida, lanzando al firmamento montañas de espumosas oleadas, entre el clamor de los vientos desatados, la vivísima claridad de los relámpagos y el estampido de los truenos; este espectáculo, sin embargo, es lo contrario de la armonía. Limitándonos á la cuestión artística, puede darse (no de un modo absoluto, lo repetimos, pues acaso pudieran citarse algunas excepciones á esta regla) que es bello todo lo que no es vulgar, = bello artísticamente, no en la acepción común de esta voz. Bello, bellísimo es el juicio final de Miguel Angel, aunque compuesto en su casi totalidad de figuras mostruosas, verdaderas pesadillas de una poderosa fantasía; bellos son hasta los estrambóticos caprichos del Bosco: el Quasimodo de Victor Hugo es tan bello, artísticamente hablando como su Esmeralda. ¿Por qué? ¿por qué son bellas todas estas creaciones? Porque hay en ellas alguna parte mayor ó menor de idealismo; fuera del idealismo, no hay verdadera belleza artística; habrá belleza material, belleza de ejecución, de composición, de pensamiento, pero nada más; no se verá allí el estro animador.

En alguno de estos casos están casi todas las obras del señor Alenza, pero también es de advertir, que no da más de sí en sus últimas consecuencias, el género á que se ha dedicado. En él, rarísima vez puede el artista elevarse al idealismo, porque ese género hace profesión de limitarse á la naturaleza, no ya vulgar, sino á veces, hasta grotesca y chabacana, que es el caso de las últimas consecuencias arriba dichas. En tal caso, nada dice ni puede decir al alma; esto sucede en las escenas que representan borrachos, gente ahita y otros objetos sucios y repugnantes: la excesiva vulgaridad de estos objetos es

lo que los escluye de la jurisdicción del arte bello. No es, pues, un defecto en ellos la falta de un idealismo imposible como lo es, y muy capital en las obras que lo admiten. ¿Qué debe exigírseles pues? El Sr. Alenza lo ha comprendido perfectamente; debe exigírseles cierta novedad en el modo de presentarse, una excelente ejecución y mucha gracia en el pensamiento: en faltando cualquiera de estas dotes, semejantes producciones son insoportables, salen enteramente del dominio del arte, y entran de lleno, como en los pollos de pasta y los huevos fritos idem, citados en el artículo anterior, en el dominio de la industria: su confección es el producto de un oficio mecánico.

Pero aun sin salir de ese género, los hombres de un verdadero talento, como el Sr. Alenza, saben manifestar en él cierta intención de acercarse al idealismo, y tal vez lo consiguen. Véase, por ejemplo, entre los cuadritos que ha espuesto este año dicho pintor, el que representa una escena de familia á la puerta de una casa: el padre, reclinado en una pared, está tocando la flauta, á cuyo son baila una niña, contemplándola con amor su madre, sentada en el suelo. Hay en toda esta escena de la vida íntima una naturalidad, una calma, una sencillez que verdaderamente hablan al alma; ya esto se roza con el sentimiento; ya aquí linda el autor con la belleza artística. Compárese este cuadrilo con el que representa á un barbero en el ejercicio de sus funciones, y dígase si no está allí mucho mejor empleado el talento del artista, á pesar de ser este último cuadrilo un dechado de gracia, y de estar primorosamente ejecutado.

En el retrato de hombre, por el mismo autor, hay mucho que elogiar, y habría mas si no le desluciesen aquellas tintas grises del rostro, que parecen manchas, y cierto desaliño general en la ejecución, de que muy fácilmente podrá corregirse el señor Alenza, si quiere, como en su interés se lo aconsejamos.

Siguen á estas obras unos interiores del Sr. Villegas, á quien (pues de consejos va) aconsejaremos que estudie los cuadros del Sr. Villa-amil en este género, en el que seguramente no tiene rival en España. El retrato de hombre, por el Sr. Gariot, está perfectamente estudiado, hasta con nimia prolijidad, sobre todo la parte inferior del rostro. En el cuadro del Sr. Fernandez, de Cádiz, que representa á Adán y Eva llorando la muerte de Abel, las figuras me parecen demasiado redondas y esfumadas, resultando un conjunto flojo y como esponjoso. Los asuntos bíblicos ó históricos, por su naturaleza graves, piden que los planos y músculos de las figuras estén acusados con pincel resuelto y firme. Las pieles que cubren en parte la figura de Eva están dispuestas con poca gracia, pero los semblantes no carecen de espresion. La Virgen rodeada de ángeles, por el Sr. Ferrant (D. Luis), tiene cosas muy bellas, y está perfectamente compuesta, aunque el colorido de estos últimos nos gusta poco. El retrato de hombre que se ve al lado es tal vez la mejor y mas acabada de las obras que ha espuesto este año: es bajo todos conceptos un retrato magnífico.

Nada diremos del cuadro del Sr. Van-Halen que se ve á la entrada de esta sala, pues tenemos entendido que no era su ánimo esponerle este año y sería injusto juzgar por una obra compuesta hace tiempo á un artista laboriosísimo, que desde entónces acá ha hecho tan notables adelantos. El Sr. Van-Halen pintó dicho cuadro para ser recibido académico de mérito.

Hay ademas en esta sala un busto en yeso, ejecutado en Paris por el jóven y aventajado escultor D. José Perez, obra muy bella, en nuestro concep-

to, de un carácter altamente grandioso, atrevido y, pudiera decirse, romántico, pues pertenece en un todo á la escuela moderna. Representa al jóven pintor D. Cárlos Ribera; la semejanza no puede ser mas perfecta.

En la sala cuarta ó sea la que contiene los conocidos grupos de Ginés, hay un buen retrato por el Sr. Mendoza, que tiene un colorido muy firme y brillante, y otro por el Sr. Ferraz, que denota bastante disposicion. Las dos copias del Sr. Bonilla que hay en esta sala nos han gustado bastante; representan la Perla, de Rafael, y la Santa Isabel, de Murillo. Hay tambien otros retratos, pero poco notable.

En la sala llamada de retratos hay un cuadro del Sr. Gutierrez (D. Francisco) de dos figuras de medio cuerpo, pintadas con suma facilidad y bello colorido; es lástima que sean bastante menores que el natural, pues la figura de hombre parece un niño con bigotes. La mano derecha del mismo está muy bien dibujada y aun mejor pintada todavía; es realmente muy notable. Un retrato del mismo Sr. Gutierrez, de hombre, nos ha gustado mucho; no así el de dos niños de cuerpo entero y tamaño natural, y el de hombre en busto, por el Sr. Cerdá, aunque en este último la cabeza, que es lo principal, está pintada con nervio y brillantez. Pero ¡qué postura aquella! Mejor es su copia de la Virgen del Pez, que está en esta sala, si bien inferior á las de la Transfiguración y la Escuela de Atenas. En ella se ha tomado algunas licencias que no son lícitas en un copiante, cuales son lo de alterar bastante el tono general del ropage de la Virgen y del niño Tobías. Los dos retratos de la señorita de Galvez merecen elogio y particularmente el de señora, cuyas tintas están muy bien empastadas y tienen bastante verdad y frescura.

En la sala llamada de los académicos de mérito, son lo mas notable dos muy buenas copias de D. Manuel Moreno, una de la Caida de San Pablo, de Murillo, y otra de uno de los medios puntos de este autor, que hay en la primera sala de la Academia; así como otra copia, tambien excelente, del San Francisco de Ribera, que está en el Museo nacional de la Trinidad, por D. Teodoro Moreno. Los retratos del Sr. Gómez son bastante buenos y muy parecido el único de que podemos juzgar, que es el del Sr. Rotondo.

En la sala de paso para la biblioteca hay un buen retrato por el señor Ugalde, varias copias de doña Emilia Carmena Monaldi, mejores que sus retratos, y uno por D. Lino García, de escaso mérito. En la biblioteca hay algunas copias bastante buenas por la señorita de O' Dena, una por D. Alfonso Coello y unos cuadritos de género de los señores Villegas y Reigon, de los que hay poco que decir.

En la sala del entresuelo hay diferentes copias bien hechas, por el aplicado jóven D. Manuel de Leon; las mejores son de una Venus de Tiziano, y la de unas cabezas del magnífico cuadro de Velazquez, los borrachos. Nos han llamado tambien la atencion algunas copias muy fieles de la difunta señorita de Argamosa. Un retrato de hombre, muy bueno, del Sr. Ugalde y algunos bodegones de bastante mérito, originales del Sr. Mendoza, completan lo mas notable que hemos hallado en esta sala. ¡Qué diferencia entre esto y lo que en ella sucedia hace diez años!

Los arquitectos han espuesto muy pocas obras este año, lo que no es de extrañar; nuestro siglo, señaladamente en España, no es favorable al desarrollo de la arquitectura monumental; solo buscamos la economía y la utilidad inmediata, cosas ambas incompatibles con las grandes exigencias de este arte magnífico. Para satisfacer nuestras necesidades bastan buenos maestros

de obras : los verdaderos arquitectos bien pueden buscar países mas cultos ó mas felices que el nuestro. Pueden ir, decimos, porque, como sucede, con los pintores y los escultores, los tenemos y muy brillantes : tenemos jóvenes arquitectos, á la altura del siglo, que han estudiado con singular aprovechamiento en Grecia, en Italia, en Francia, y hasta en aquellas privilegiadas regiones del Oriente, donde nace la luz y donde nació el arte. Tales son los señores Alvarez (D. Anibal), hijo del grande escultor de este nombre, Fuente (D. Domingo), de quien hemos visto estudios y proyectos admirables y que serian de grande utilidad si se ejecutasen ; Zabaleta, Laviña, Colomer, Mesa y algunos otros. Pero ¿qué ocasiones hemos de presentar á estos artistas de ejercitar su ingenio como no sea en estériles proyectos sobre el papel ? Ni podemos presentárselas á todos, ni aunque pudiéramos lo haríamos tal vez, porque no hemos llegado todavía aquel alto grado de cultura en que las bellas artes son una necesidad. Ya llegaremos.

EUGENIO DE OCHOA.

(Heraldo.)

Poesía.

M A R Í A.

*Mas pura que la luz de blanca luna
que en arroyuelo limpido riela,
mas hermosa que el cisne en la laguna
donde libre se esponja, nada y vuela,
y alegre mas que en soledad moruna
suelta y errante y tímida gacela,
en gracias y virtud feliz crecía
la bellísima y cándida María.*

*Aun no cumplidos sus catorce abriles,
de noble estirpe y á reinar nacida,
agena á devaneos mugeriles,
velada por su bien, siempre servida:
flor era pronta á dar tallos gentiles
á los besos del céfiro mecida,
y á exhalar de su cáliz, aun cerrado,
delicioso perfume embalsamado.*

Caía en anchas ondas de su frente
 larga madeja de flotantes rizos,
 y de inquieto mirar, pero inocente,
 dos ojos revolvia antojadizos:
 y en su blanca mejilla transparente,
 centros ambos á dos de sus hechizos,
 luceros ambos que robó á los cielos
 marcaba su sonrisa dos hoyuelos.

Rebosa al verla en alegría intensa
 su padre el buen Wifredo, y la corona
 ceñirla aguarda de la tierra estensa
 del condado feraz de Barcelona.
 Solo en su bien y en su fortuna piensa,
 y honrada, sin rival, feliz matrona
 en tiempo incierto de la edad futura
 su ambicion paternal se la figura.

Unico amor del varonil guerrero,
 única prenda de su muerta esposa,
 tiene Wifredo su cariño entero
 puesto no mas en su María hermosa:
 y único amor el noble caballero
 del alma de la niña candorosa,
 en una el alma de los dos se encierra,
 y uno para otro son todo en la tierra.

Su corona de conde ennoblecida
 con los laureles mit de sus campañas,
 su ciudad populosa, defendida
 por su tendido mar y sus montañas,
 la mitad de los años de su vida,
 la memoria y la prez de sus hazañas,
 todo lo diera el caballero noble
 por ver de su hija la fortuna doble.

Lumbrera del fanal de su esperanza,
 riquísimo joyel de su cariño,
 manantial de su interna bienandanza,
 vuelve á su pecho el corazon de niño:
 se le roba á la guerra y la vengunza,
 se le torna mas puro que el armiño,

*se le lava de impulsos terrenales.
se le inunda en delicias celestiales.*

*Por eso dá su corazón sincero
gracias humildes al Señor, y cuenta
por eso día á día el caballero,
y su esperanza en cada uno aumenta:
y bendice al Señor, que lisonjero
á su vejez el tiempo representa,
de su edad concediéndole al otoño
tan hermoso y purísimo retoño.*

*Mayor felicidad en esta vida
el padre tierno concebir no sabe
á otro mortal alguno concedida,
mas sagrada misión, cargo mas grave:
ella es para él, del cielo bendecida.
De su dichosa eternidad la llave,
y del futuro en perspectiva bella
todo lo aguarda de su Dios y de ella.*

*Mas ¡cuán falsas, ay Dios, y cuan livianas
las cosas son de la mudable tierra!
¿Quién sondará las leyes soberanas
que el misterioso porvenir encierra?
La aura que arrastra en pos las hojas vanas
la torre abate que al peñon se aferra,
y las menudas hondas de los mares
socaban las montañas seculares.*

*En una tarde del quemado estío
que entolda nube negra y tenobrosa,
de su palacio en el jardín umbrío
la niña entre los céspedes reposa.
De easto sueño dulce desvarío
la divierte la mente candorosa
sonriendo al gozar su fantasía
el purísimo labio de María.*

*La casta mano de marfil, velada
entre su espesa y negra cabellera,
bajo la sien tranquila colocada,*

y bajo seda fácil y ligera
 su modesta figura contornada,
 el pie breve no mas dejando fuera,
 parece sobre el cesped su figura
 ejemplar de bellísima escultura.

Y mas bella y feliz es una niña,
 que con sus dichas infantiles sueña
 y sus caprichos, inocente, apiña,
 de universo ideal soñando dueña.
 Con infantiles galas se le aliña,
 y el poblarle con fúculas se empeña,
 y lo goza; de fábulas henchido,
 hijas de un corazon no corrompido.

Tal le gozaba y tan feliz se veía
 de su sueño infantil con las visiones,
 de su palacio en el jardin María:
 mientras sobre ella en densos nubarrones
 el nublado apiñándose crecía,
 y amagaba al rasgar sus pabellones
 sobre la tierra desplomar, virado,
 todos los males de que va preñado-

Ya se sentia por su vientre oscuro
 ronco el trueno rodar: ya se aspiraba
 el aura ingrata del vapor impuro
 que en su cargado seno fermentaba.
 Y cual dragon enorme, que seguro,
 ala invisible en el ambiente traba,
 avanzaba el nublado á paso lento
 cerrando en sombra la region del viento.

Viéndolo el buen Wifredo, iba afanoso
 por el jardin buscando su hija amada;
 mas de no amedrentarla cuidadoso,
 moviendo en su redor planta callada.
 Ya su ojo paternal en el frondoso
 césped la vió durmiendo descuidada,
 y ya en su labio paternal bullia
 el dulcísimo nombre de María.

Cuando hondo, ronco y repentino trueno
 el nublado al rasgar crugió estallante;
 se alzó la niña, el corazón ageno
 de aquel peligro de que está delante:
 mas al abrir los ojos fué de lleno
 á herírselos relámpago brillante,
 y exhalando agudísimo lamento
 volvió en tierra á caer sin movimiento.

Tómala al punto en los amantes brazos
 y alzóla en ellos el varón robusto,
 de pena el corazón roto en pedazos,
 trémulo el cuerpo al repentino susto:
 mas ni al calor de tan amigos lazos,
 ni á su voz que le turba pavor justo
 vuelve la pobre niña dolorida
 señal á dar de movimiento y vida.

Por medio del horrisono aguacero
 que se desgaja ya, corre exhalado
 con su hija, para él, peso ligero:
 y con nerviosa fuerza á ella abrazado
 pasa el jardín, el pórtico, el crucero,
 revuelve el caracol mal alumbrado,
 y en su cámara y lecho al cabo posa
 carga para él tan dulce y tan penosa.

A sus briosas voces acudieron
 cuantos siervos tenía en su palacio,
 cuantas damas en él su voz oyeron,
 cuantos curiosos admitió su espacio:
 y empíricos y sabios acudieron,
 en tomar cuyo auxilio no rehacio
 Wifredo, logró en lágrimas deshecho
 volver la vida á su virgíneo pecho.

¡Ay! dijo la doncella, y exhalando
 débil suspiro, perceptible apenas,
 abrió sus ojos, en redor girando
 miradas ¡ay! al parecer serenas.
 Mas ambas manos con afán llevando

á las pupilas de su llanto llenas,
volviólas á apartar la desdichada
gritando con pavor—*¡no veo nada!*»

¡Hija! (esclamó poniéndose delante
de sus ojos *Wifredo*), ¡hija del alma!
mira, mira, ¡yo soy! torna el semblante;
mirame aquí... mas con siniestra calma
la doncella hácia él tendió anhelante
la vista no, la descarriada palma,
y al asirle, burlando su deseo,
repitió tristemente *¡no veo!*»

Volvió iracundo la ensañada mano
el trémulo varon contra sí mismo,
los cabellos mesándose, inhumano,
y como ser en quien sopló el abismo
espíritu infernal, matando insano
la luz de la razon y el cristianismo,
al cielo alzó los inflamados ojos,
torpe ó blasfemo, murmurando enojos.

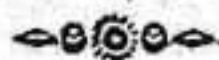
Mas pronto á su razon, mas sosegado
el mísero volvió, y al mismo cielo
tornó á elevar los ojos humillado,
ambas rodillas oprimiendo el suelo.
Breve oracion al corazon cuitado
prestó resignacion, si no consuelo,
y con doliente voz que al alma llega
dijo á los que le oían: *¡está ciega!*

JOSÉ ZORRILLA.

(Heraldo.)



CANCIONES DE BERANGER.



¡MALDITA PRIMAVERA!

A su reja la ví de la mia
 del invierno en los días espesos:
 por instinto el amor nos unia
 y en los aires cruzó nuestros besos.
 Contemplarla formó mi arrebató
 del escuálido pino á través.
 Restituyes al árbol su ornato,
 ¡Maldita primavera, que siempre has de volver!

Hoy se pierde en su bóveda oscura
 ese arcángel que ví en este suelo
 sustentando con gracia y ternura
 á su pájaro un día de hielo.
 Le llamaba y su cántico leve
 cual preludio de amor escuché:
 Es mas bella que el aura la nieve;
 ¡Maldita primavera, que siempre has de volver!

Aun la viera, sin tí, encantadora
 al salir de su lecho divina
 recorriendo, cual pintan la aurora,
 de la luz la brillante cortina.
 Ya mi estrella en su ocaso parece,
 por las tardes dijera también;
 Se disipa, su lumbre fallece,
 ¡Maldita primavera, que siempre has de volver!

Ven, invierno, mi pecho te implora
 y regale sin tregua mi oído
 del granizo la lluvia sonora,
 estallando en mi reja con ruido.
 ¿Qué me importan tus galas, tu brisa,
 tu verdura, tus flores, tu eden,
 Si no alcanzo su dulce sonrisa?
 ¡Maldita primavera, que siempre has de volver!

El canto del cosaco.

Ven, corcel, noble amigo del cosaco,
de la trompa del Norte vuela al son;
pronto al saqueo, intrépito al ataque,
alas presta á la muerte en rededor.
Oro no hay en tu freno, ni en tu silla,
bruñido arnés mis triunfos te prometen.
Orgullosa relincha, brido mio,
y huella con tus pies pueblos y reyes.

La paz en fuga me soltó tu rienda,
caduca Europa sin muralla está,
ven á henchir mi codicia de tesoros,
sobre las artes ven á reposar!
Torna á beber en el rebelde Sena;
dó tu sangre lavaste ya dos veces.
Orgullosa relincha, brido mio,
y huella con tus pies pueblos y reyes.

Sacerdotes y príncipes y nobles
acosados del pueblo por do quier,
nos gritaron, venid sed nuestros amos,
siervos seremos por mandar despues.
Mi lanza empuño, de la cruz y el cetro
solo al blándirla los pedazos rueden.
Orgullosa relincha, brido mio,
y huella con tus pies pueblos y reyes.

Ví de un gigante el formidable espectro
fijo en nuestros hivaques su ojo atroz.
Otra vez, exclamó, mi reino empieza;
y con su hacha á occidente señaló.
De los Hunos fué rey, era su sombra,
¡Qué hijo de Atila su órden no obedece!
Orgullosa relincha, brido mio,
y huella con tus pies pueblos y reyes.

Ese esplendor de que blasona Europa,
ese saber que su defensa no es,
sumergidos verás bajo las olas
de densa polvo que alzarán tus pies.
Borra, borra en tus nuevas correrías
templos, palacios, hábitos y leyes.
Orgullosa relincha, brido mio,
y huella con tus pies pueblos y reyes.